

bién solicitó del general austriaco que le relevara del cumplimiento de su promesa. La llegada de los mariscales á París esparció el espanto en las filas de los realistas y entre los políticos que habían acordado el destronamiento de Napoleón y su familia. Ney y Macdonald abogaron calurosamente con Alejandro en favor del rey de Roma, tanto que el Czar, muy indiferente en el fondo á la causa de los Borbones y poco deseoso de continuar la guerra por una cuestión de carácter político, que no le interesaba gran cosa, se manifestó indeciso é impresionado, aplazando su contestación para el día siguiente. Los mariscales salieron de la entrevista llenos de esperanzas, y aunque en una conferencia que celebraron á continuación el Emperador de Rusia, el Rey de Prusia, sus ministros y el príncipe de Schwartzemberg determinaron persistir en sus resoluciones anteriores, al volver aquellos al otro día, vieron que Alejandro sólo se mantenía firme en la exclusión personal de Napoleón, y alentados con esto, insistieron con más vehemencia aún que la víspera en la necesidad de rechazar á los Borbones, tan antipáticos, decían, á la Francia nueva como al ejército. En este momento, penetró en la estancia un ayudante de campo y dijo algunas palabras en voz baja y en ruso al Emperador, el cual, cambiando súbitamente de actitud, declaró que era menester renunciar al hijo del mismo modo que se había renunciado al padre; que los Borbones eran lo único que convenía, así á Francia como á Europa; que la milicia estaba dividida; que un cuerpo de ejército acababa de pasarse al campo del gobierno provisional, y que el resto no tardaría en imitar este ejemplo. He aquí lo sucedido. En el ejército de Marmont servía el general Souham, antiguo soldado de la República, militar excelente, pero desafecto á Napoleón; sus sentimientos lo habían impulsado á adherirse al proyecto del duque de Ragusa, y al enterarse de la partida de este último á París creyó que el Emperador había descubierto el pacto concertado con Schwartzemberg; sobrecogido entonces de temor, instó á los demás generales para obrar conforme á lo convenido, sin aguardar las instrucciones de Marmont, y puestos todos de acuerdo, sus tropas tomaron el camino de Versalles. Tal fué la noticia que el ayudante de campo participó á Alejandro y que tanta mella le causó. «Daría, dijo Marmont cuando se informó del hecho, un brazo porque no hubiese acontecido.»—«Decid mejor la cabeza, y sería poco», le contestó duramente Macdonald.

Los mariscales regresaron á Fontainebleau, siendo Ney el primero que entró á ver á Napoleón. «¿Habéis tenido éxito?» le preguntó éste.—En parte, señor, pero no en lo tocante á la regencia: las revoluciones no retroceden en su curso, y esta de ahora ha emprendido ya la carrera. Era demasiado tarde; mañana, el Senado reconocerá á los Borbones.—¿Y dónde iré á vivir con mi familia?—Adonde V. M. quiera, á la isla de Elba, por ejemplo, con seis millones de renta.—¿Seis millones! eso es demasiado, ¿qué haré con ellos? Para mis gastos no necesito un luis de oro diario. Vuelvo á ser soldado. Saludo á mis hermanos de armas, de quienes me despido; deseo que seáis muy dichosos. He querido la

felicidad de Francia, mas me he equivocado.» No obstante ser estas palabras reveladoras de aparente conformidad, la idea de abdicación pura y simple exasperaba á Napoleón. «¡Cómo! exclamó en un momento de dolorosa sinceridad, ¡dejar á Francia sin fronteras cuando las tenía tan hermosas!» Cedió al fin, y el día seis por la mañana leyó á sus mariscales el acta de abdicación, que decía: «Habiendo afirmado las potencias aliadas que el emperador Napoleón es el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón fiel á sus juramentos, declara que renuncia en su nombre y el de sus herederos á los tronos de Francia é Italia, pues no hay sacrificio personal, incluso el de su vida, que no esté dispuesto á hacer en interés de Francia.» En seguida envió á París este documento, con los negociadores. Aquella misma tarde, el Senado proclamó á Luis XVIII.

Las formalidades relativas á la abdicación no se ultimaron hasta el día once de Abril, por tenerse que esperar á Metternich y á lord Castlereagh. En el tratado definitivo, se conservaba á Napoleón su soberanía y una guardia voluntaria de setecientos á ochocientos hombres; á María Luisa y su hijo se les cedía el ducado de Parma; se señalaban dotaciones al Emperador y su familia y prometíase un principado al virrey Eugenio. Cuando Metternich se enteró de estas cláusulas, expuso al Emperador de Rusia cuan peligrosa era la concerniente á Napoleón y pidió que, por lo menos, se suspendiera el acuerdo hasta poderlo discutir con Francisco II. Alejandro le cortó la palabra diciéndole con viveza: «No puede ser, pues esperando vuestra llegada y la de lord Castlereagh, he aplazado muchos días la firma del convenio: éste ha de quedar suscrito esta misma tarde, para que los mariscales puedan entregarlo por la noche á Napoleón. Si hoy no se firmara, mañana se reanudarían las hostilidades y Dios sabe á dónde podrían llevarnos. Napoleón se encuentra en Fontainebleau al frente de su ejército, y no ignora que el tratado ha merecido mi aprobación y la del rey de Prusia: no puedo, pues, retirar mi palabra.» Metternich, después de conferenciar brevemente con Schwartzemberg y con lord Castlereagh, se determinó á firmar, mas tan sólo porque su resistencia no podía demorar la conclusión del convenio. «El príncipe de Schwartzemberg ha tomado parte en las conferencias previas, dijo Metternich; aquella en que ha de firmarse el tratado está ya reunida. Iré allí y pondré mi nombre en unas estipulaciones que antes de dos años volverán á llevarnos al campo de batalla.» No se equivocó.

Firmada la convención el citado día, once de Abril, Ney se adhirió al nuevo gobierno, lo que habían hecho ya la mayor parte de los mariscales, de los ministros, de los funcionarios públicos de los distintos órdenes del Estado. Sólo Macdonald y el duque de Vicenza declararon que no considerarían cumplidos sus deberes para con Napoleón mientras no se ejecutaran en debida forma todas las cláusulas del tratado. La conducta de Macdonald era tanto más loable cuanto que Napoleón nunca le había demostrado el menor afecto,

procurando, por el contrario, tenerle lejos de sí. El noble proceder del mariscal conmovió el duro corazón del deposeído soberano, que le expresó su reconocimiento y le dió como recuerdo su sable de Egipto, regalo del bey Amurates. En la noche del doce al trece de Abril, trató Napoleón de emponzñarse con un veneno que llevaba consigo desde la retirada de Moscou, pero el tósigo había perdido su funesta virtud en el trascurso del tiempo y la muerte no acudió al llamamiento que se le dirigía teniendo que resignarse á vivir el humillado Emperador.

El veinte de Abril, hecho los preparativos para la marcha y habiendo llegado los cuatro comisarios de las potencias aliadas que debían acompañarle, Napoleón hizo formar en círculo á la guardia imperial en el patio de honor del castillo y se despidió de ella. «Soldados, les dijo: ya no me resta más que una misión, y sólo para llenarla consiento en vivir, la de contar á la posteridad las grandes cosas que juntos hemos realizado.» «¡Pluguiese al cielo, escribe un historiador francés, que, fiel á su palabra, no hubiera intentado ninguna otra cosa!» Pronunciadas aquellas palabras, abrazó la bandera de la guardia. Los viejos veteranos, que no veían en él sino el gran capitán que tantas veces los condujera á la victoria, lloraban á lágrima viva. La guardia que se dejaba á Napoleón, había partido antes, de modo que aquél se puso en camino sin más escolta que los generales Drouet y Bertrand y los cuatro comisarios extranjeros con las personas que les acompañaban. La expedición fué triste. En los primeros departamentos que atravesó la comitiva, el pueblo gritaba aún: «¡Viva el Emperador! ¡Abajo los extranjeros!» Había conocido de cerca la invasión, y no veía en el desterrado más que al defensor del patrio suelo. Pero más allá de Lyon, los habitantes no ocultaban su hostilidad, oyéndose voces de «¡Viva el rey! ¡Abajo el tirano!» En Orgón, el populacho furioso asaltó los coches pidiendo que se les entregara al poco antes árbitro de los destinos del mundo para colgarlo ó arrojarlo á las aguas del Ródano; por fortuna, se había puesto aquél un uniforme extranjero y, gracias á este ardid, los comisarios pudieron salvarle la vida.

Una fragata inglesa esperaba al viajero en el golfo de San Rafael, costa de Provenza, allí precisamente donde desembarcara á su vuelta de Egipto, y ella le condujo á la isla de Elba. «Esta será la isla del reposo,» dijo Napoleón al desembarcar. No debía serlo mucho tiempo: su alma seguía devorada por el fuego de la ambición.



CAPITULO DÉCIMO-CUARTO

Luis XVIII.—El congreso de Viena.—Vuelta de Napoleón



acordar el Senado el restablecimiento de los Borbones en el trono de Francia, el abate de Montesquieu, que era el hombre de confianza del pretendiente, no había podido conseguir que se reconociera la existencia de un derecho real superior al principio de la voluntad de la nación. La fórmula adoptada para restaurar la antigua dinastía fué la siguiente. «El pueblo francés llama libremente al trono de Francia á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y, después de él, á los demás individuos de la casa de Borbón». No se daba al monarca elegido el título de Luis XVIII, ni se admitía que hubiese habido entre él y su antecesor ningún otro rey de derecho ya que no de hecho. A mayor abundamiento, el Senado había redactado y votado una Constitución, que fué aceptada por el Cuerpo legislativo donde se mantenían en su esencia los grandes principios establecidos en mil setecientos ochenta y nueve. Luis Estanislao Javier no debía empezar á reinar hasta tanto que prestara juramento de fidelidad á la expresada Constitución, en la que si se confería al soberano el poder ejecutivo, se determinaba, en cuanto al legislativo, que lo compartiría con el Senado y una Cámara de diputados. El Código fundamental consagraba la libertad individual, la de cultos y la de imprenta, la venta de los bienes nacionales, la deuda pública y el olvido de todos los actos ejecutados desde el comienzo de la Revolución: en una palabra, restaurábase la dinastía, mas no el régimen caído en mil setecientos ochenta y nueve. Por desgracia, el Senado, que no era popular, exacerbó, con ciertos nuevos pri-